

JULIO A. ROCA ⁽¹⁾

EL MILITAR

Roca era un predestinado. Lo intuyó claramente desde la niñez. La paradoja fué con él. Montaña y llanura es el paisaje que albergó su advenimiento, acaecido en San Miguel del Tucumán el 17 de Julio de 1843. Nació en la noche preconstitucional; salvó sus sombras y se cuajó de brillo en las nuevas jornadas republicanas. Roca, trasunto de rispidez de cerro, de firmeza, de empeño, es el nombre paterno; Paz, evocación de pampa, de placidez, de suavidad, es el nombre materno. Encauza en el marquesado de un Roca y Ferrer, del reino de Valencia, y desemboca en el país que se olvidó del abolengo. Viñendo de la nobleza hispánica y del patriciado criollo, pudo hacer lo que tantos: esperar. Pero fundó su estirpe, argentina, americana. Eneas reconstruyó en Cartago y en Roma la grandeza secular de los suyos.

Bajo el influjo de qué exquisita intuición eligió Doña Agustina el sugestivo *Julio Argentino* que le impusieron al retoño? Invocaciones épicas, juraciones supremas de libertad, de derecho, de solidaridad y de orden: eso es el *julio argentino de 1816*. Sin embargo, por aquellos días de la concepción, la abnegada Doña Agustina

(1) Estos capítulos biográficos sobre el Teniente General Don Julio Argentino Roca, constituyen un aporte a la divulgación de su personalidad histórica, tarea actualizada en todo el país con motivo de la inminente erección del monumento nacional que perpetuará su memoria.

ha visto agitarse en tropeles bravíos las banderolas de la anarquía institucional, de la tiranía, del albedrío gaucho, egoísta y generoso a la vez, en su doble porfiar de autonomía y unidad nacional. —*Ah, Julio Argentino, este muchachito que tiene la bandera de la patria reflejada en los ojos, seguirá las huellas de su Tata, que peleó en La Florida, en Pasco, en Pichincha, en Junín, con el Libertador; en el Ombú con Lavalle; en Ituzaingó con Alvear; en La Tablada y en Oncativo con Paz; y que no cejará hasta morir. Luchará como él por la república, por su integridad territorial, por la civilización, soñaría la madre.*

De la montaña a la llanura! Hay que prepararlo para que cumpla su destino. Niño aún lo inscriben en el colegio de Concepción del Uruguay que se ha creado por una sutil previsión de Urquiza. Horas de jovial adolescencia trascurrirán allí. Una tarde el alumno Roca, que anduvo de paseo, se encuentra con el acceso clausurado. Fiero mastín, el portero se muestra insensible a sus súplicas. *Todas las cosas tienen su precio*, medita el pupilo. Se quita el calzado, extrae unos patacones e insinuamente le ofrece aproximándose: —*Tomá; dejame pasar; no haré ruido; después te daré el resto...* Una vez adentro le pide al oído: —*Alcanzame los botines que dejé ahí afuera...* Lo que ocurre de inmediato es sencillo y astuto: el alumno Roca cierra la puerta tras el guardián. Desde adentro reclama su calzado y el dinero. Una vez rescatados descorre el cerrojo y susurra a modo de reconciliación: —*Ya sabés, somos amigos; aquí no ha pasado nada; estamos a mano.*

En 1858, entre las juiciosas reservas del rector Larroque y la azorada curiosidad de sus compañeros, satisfecho el curso militar optativo que se dicta en el instituto, Julio Argentino acepta un envite excepcional: incorporarse al ejército regular de la nación con el grado de sub-teniente. Son épocas inciertas. A la vuelta de cada recodo político acecha una revolución. Y no tarda.

Un poco a la manera napoleónica, el camarada Roca va a echar las bases de su devenir. El trance elegido es la lucha civil; su causa, el *constitucionalismo unionista* en pugna abierta contra el *secesionismo absorbente*. La jornada del 23 de octubre de 1859 en la Cañada de Cepeda lo ungió iniciado de la victoria: —*Me quedé haciendo fuego contra el enemigo hasta entrada la noche... Y me acuerdo que esto llamó la atención.*

¡Doña Agustina: su materno anhelo lleva vías de cumplirse!

Pero aún es tiempo de estudiar. El teniente segundo Roca vuelve del vórtice del combate a la plenitud pacífica del aula. Aunque ahora se siente seguro sobre su ruta vocacional. Nemrod ha probado sus fuerzas...

Dos años más se deslizan así. De pronto el zonda caliginoso se desata y avanza. Crímenes políticos de San Juan provocan la ruptura del acuerdo sancionado bajo el eco de los cañonazos de Cepeda. Nuevamente federacionistas y porteños se acometen. En los Campos de Pavón un oficial artillero tucumano, jovencito, realiza pruebas de impresionante vehemencia: es el teniente Roca. Sin embargo, un recóndito designio otorgó el triunfo a las armas adversarias.

Dyonisos le sirvió el vino embriagante del éxito en 1859; Fausto, el diabólico licor del fracaso en 1861. —*Estábamos triunfando al ordenarse el cese del fuego, comentaría muchos años después. Me dolió aquél contraste en tales condiciones. Pero me fué muy útil. Siempre es bueno conocer de los dos gustos.*

Convenida, a raíz de aquel suceso, la pacificación del litoral, encargado Mitre del gobierno central, el teniente primero Roca se quedó curioseando las cosas porteñas durante unos meses. Regresó a Tucumán con su tío el Dr. Marcos Paz, designado interventor federal en las provincias del norte, ejerciendo a su lado misiones de con-

fianza, a cuyo término tornó a replegarse en su inmensa devoción militar.

El teniente primero Roca se dirigió otra vez a la llanura. Jornadas en la selva. Marchas y campamentos. Participa en la ejecución de un plan de sometimiento de las tribus salvajes del Chaco. Ascendido a capitán en 1864 se le destina a la montaña, en Mendoza. Allí se encontraba al producirse la declaración de guerra en 1865.

Páginas de abnegación y heroísmo escribirá en el lustro que comienza. Otra vez de la montaña a la llanura. Los aguazales paraguayos serán el nuevo, imponente escenario de su fervor y de su temple. Yatay, Uruguayana, Paso de la Patria, Estero Bellaco, Tuyuty, Yatayti-Corá, Boquerón, Curupaytí: los más cruentos combates de aquel sombrío drama americano que rubricara junto al Aquidabán el supremo sacrificio de Solano López, son denominaciones que engarzan luminosamente en su auténtica trayectoria de soldado sin que nadie se atreva a envilecer sus destellos! —*Alguna vez tuve miedo, lo confieso, pero me sobrepuse. Las únicas amarguras que mellaron mi corazón de combatiente fueron la muerte de mi padre en el vivac de La Ensenadita y la de mi hermano en uno de los asaltos de Curupaytí: cayó a mi lado y no pude hacer nada por él...*

Como Eneas, lloró por la noche, bajo las estrellas. Al despuntar la mañana lo encontraron impertérrito horadando su norte.

El desastre de Curupaytí impuso una pausa en la planicie siniestra, pero el reposo de los flecheros tebanos era más duro que la pelea. El mayor Roca recibió, entre tanto, orden de volver a galope tendido a la montaña cuyana. Se trataba de sofocar la sedición de los Saa en la provincia de San Juan. Así pues en el lugar que llaman San Ignacio, el 1º de abril de 1867, las tropas leales dirigidas por Arredondo, entre cuya oficialidad actuara el mayor Roca, dominaron fácilmente la revuelta.

Corren los años de 1868 y 1869. El teniente coronel Roca ha retornado a la llanura paraguaya. Acayusá, Laguna Verá, Itá-Ibaté, son nombres de batallas que se agregan a su épica actuación. Pero la escena final de la absurda tragedia ya no ofrece interés...

Nunca más la guerra internacional lo tendrá por actor. Inversamente, cuando ella se insinúe, habrá de oponerle, para conjurarla, sus más inteligentes decisiones. Es en su propio suelo donde aún se batirá cuantas veces las circunstancias lo demanden, al amparo del triple lema que lo apasiona: *por la unidad nacional, por la autoridad constituida, por la eliminación de la barbarie indígena*. Además, en lo futuro, el bisoño teniente coronel Roca asumirá enteramente la responsabilidad de los hechos en que intervenga. Técnica, rapidez y arrojo los caracterizará. El hijo de Filipino solo pedía que le dijeran «anda».

Precisamente en estos días del año 1869 se le instruye en sentido de trasladarse a las rechinantes provincias septentrionales. Otra vez la montaña. En la localidad salteña de Pastos Grandes, reduce, en un encuentro singular, al caudillo Felipe Varela y restituye a dicho estado la normalidad.

Andaba en tales pasos de lancero cuando Sarmiento se apercibió de su figura. En adelante no le perdió pisada.

Ocurrió el 11 de abril de 1870, un suceso repudiable: gente de la montonera entrerriana de Ricardo López Jordán ultimó al gobernador Urquiza en su hacienda de San José. El presidente Sarmiento ordena castigar al insurrecto que ha reivindicado para sí la responsabilidad del suceso. Fuerzas de línea se dirigen a aplicarle el correctivo que el país exige. Búsqueda infructuosa. Los sediciosos burlan el asedio y penetran en Corrientes. Allí los derrotó, el 26 de enero de 1871, en Laguna Naembé, la intervención fulminante y estratégica del regimiento que al mando del teniente coronel Roca acaba de bajar de la montaña por indicación de Sarmiento. La trascendencia

militar y política del éxito leal determina el ascenso del teniente coronel Roca, sobre el campo de su mérito. ¡Doña Agustina, Don José Segundo: vuestro muchacho es coronel famoso y aún no ha cumplido seis lustros!

Tres reflejos intelectuales han alumbrado a Roca en el período de su definitiva estructuración mental, lograda entre 1870 y 1880. Echeverría portador de una estrella, Alberdi portador de una antorcha y Sarmiento portador de una tea incendiaria. La notoria *influencia gringa en la propensión constructiva* de Roca arraiga en la crítica y en la prédica de aquel ilustre tríptico consecutor de la civilización argentina. Chispas del cósmico incendio se le alojaron en el pecho. ¡Cuán estimulante pues, y hasta providencial, ha debido resultarle al coronel Roca el vigoroso auspicio sarmientino! Le confiere Sarmiento la comandancia de la línea de fortines en la encrucijada sur, sur-este de Córdoba, punto neurálgico de las afecciones políticas y económicas del país. En efecto, desde ese emplazamiento pueden ser conjurados dos graves males que retardan la prosperidad nacional: el intermitente desborde del caudillo cordillerano y el frecuente avance del indio ranquel.

Alejado de la molicie y la sensualidad palaciega, el coronel Roca ensaya a la vera del *desierto* sus aptitudes de organizador. Al joven Hurtado de Mendoza también le cupo descujar del otro lado de los Andés, tres siglos antes, el maleficio araucano. Eleva el nivel moral y material de sus tropas y de los sometidos; construye con ellos poblaciones y defensas; los orienta en el cultivo de la tierra; les dicta normas de alimentación y de higiene. Interinamente, su mejor solaz es la lectura histórica, militar y política. Las vidas plutarquinas despiertan en su espíritu un hondo afán emulador...

En este escenario del silencio y de la soledad lo sorprendió la revolución mitrista de 1874, — sordo eco de la ejemplar presidencia de Sarmiento. De nuevo a la

montaña. ¡Y qué admirable correría de leguas para llegar a ella! En Mendoza, junto al Tumuyán, bate y toma prisionero el 7 de diciembre de aquel año al valiente Arredondo. Venía siguiéndolo por las llanas polvorientas de Córdoba y San Luis y lo encontró respaldado en la cordillera, detrás de unos fosos, irguiendo la arrogante estampa que luciera en San Ignacio, envuelto en el poncho blanco de sus aventuras legendarias. El coronel venció al general, su camarada y jefe de Curupaytí, en ley magnífica. La retirada táctica primero y la persecución y el combate de Santa Rosa después, consumados bajo la dirección del coronel Roca, representan acciones clásicas en la estrategia militar argentina. El flamante presidente Avellaneda lo consagra en el acto, jubilosamente, *general de los ejércitos de la república*.

—*Que no me releguen en las horas de prueba*, parece que fuera su profesional angustia. ¡*Ah, si me hubieran brindado la oportunidad de acabar con la insolencia de López Jordán!* Cada ascenso ha comportado un magno acrecimiento de responsabilidades. A los treinta años es jefe de la más importante división de ejército del interior, siempre atento al doble objetivo del caudillo y del indio, a quienes mantiene a raya por persuasión o amenaza. Hábil encantador de caciques políticos y aborígenes, repugna de ambos, y cuando se ve en el trance de concederles algo, les dice sentenciosamente: —*Por ahora les ofrezco esto...* Y recordando su ardid de estudiante, subraya: *Después les daré el resto...*

Vamos hacia 1878. El renombre del general Roca está expandiéndose, de un tiempo a esta parte, a todo lo ancho y a todo lo largo de la nación, colmado de popular simpatía. Se relatan sus cosas. Episodios bizarros de quince años de actuación militar se entremezclan a mil favorables referencias. Es el instante en que el Dr. Adolfo Alsina dimite la cartera de guerra. Quién sino ese joven general Roca, enérgico y prudente, versado y vivaz, co-

necedor profundo del país, podrá reemplazarlo con mejores títulos? Quién con mayor conocimiento del caudillo y del indio y con mayor dominio militar y geográfico de sus vastas comarcas, podrá sujetar el anarquizante ímpetu del uno y aniquilar la enervante pertinacia del otro? Fué en lo más tenso de semejante expectativa pública y en pleno cenit de su carrera militar, que advino, automáticamente, la trascendental mutación. *El general y el ministro* marcharon juntos relativo trecho. Luego, sin estímulos la insaciable hambredad de horizontes del soldado, el ministro «apartó» al general y se proyectó en la vida civil hasta alcanzar las más altas consagraciones políticas republicanas.

Qué diría la mozada porteña al verlo escalar el Capitolio, con su aspecto menudo y su rala barbita velazqueña, en medio del silencio aquiescente de los gansos simbólicos? —*Cuando ocupé el ministerio en 1878 yo no tenía más experiencia política que la de mi observación callada de los caudillos lugareños de Río IV°.*

Ministro ya, su primera febril ocupación consistió en organizar la *conquista del desierto*. El *general* había madurado el plan con fosca tenacidad; el *ministro* obtuvo los medios conducentes a su realización. En abril de 1879 el *general-ministro* tomó el mando directo de las divisiones y cumplió matemáticamente su promesa de rescatar quince mil leguas de territorio, de manos aborígenes.

Fué el corolario de su celebridad militar: *nec plus ultra*. Pasando un año, *le petit caporal* estará en la cima del poder político. Todo un romance épico. ¡Doña Agustina, Don José Segundo: vuestro Julio Argentino os saluda desde lo alto de la fama como diciéndoos: aún no ha llegado el medio día y se han cumplido vuestras esperanzas!

EL POLÍTICO

El ciclo de la vida militar del teniente general Julio Argentino Roca, puede considerarse comprendido entre los años 1858 y 1880; es decir, entre su ingreso al curso de armas del colegio de Concepción del Uruguay y su candidatura a la presidencia de la república, proclamada por el *partido nacional*. Ya a su regreso de la campaña contra el indio, en las demostraciones públicas de que se le hiciera objeto, advirtió claramente la importancia estúpida adquirida por su reputación.

Los reductos ranqueles habían quedado destrozados con la *conquista del desierto*. Una paradoja, porque no era conquista sino tierra argentina ocupada por indígenas argentinos, ni era desierto sino suelo feraz y promisorio, condenado a la improductividad. Tenía sí, aquello, la magnitud imponente de un problema milenario, agobiador, terrible. Imaginarse pues el entusiasmo que provocaran en la creciente masa agrícola-comercial del país los resultados rotundos de esta empresa. Despierto a la sazón un nuevo tipo de anhelo social — individual y colectivo — producto de ultramar, el del *enriquecimiento*, la matanza sistemática del aborígen no concitó piedad, acrecentando en cambio un agradecimiento nacional inigualable para el animador y jefe supremo de la expedición. —*La presencia del indio comprimiendo los impulsos civilizadores de estos pueblos era una ignominia*, solía recordar el general Roca. *Conocer sus instintos y sus hábitos y proponer su barrida siguiendo el método de Rosas, fué para mí un mismo hecho. Sarmiento llegó a concederles el honor de pactar. Años enteros choqué con incomprendiones, pero tenía fé en que la oportunidad se me presentaría.*

Así se ensamblan y se explican las circunstancias que decretaron, diríamos con propiedad, la exaltación del bri-

gadier general Roca a la primera magistratura de la república en 1880.—*Yo ni soñaba en la candidatura cuando me fué insinuada, mantenida, obligada por los propios enemigos que hacían de mi persona el centro de sus ataques. Era la mozada porteña que le salía al cruce con Tejedor a la cabeza, tarde ya, amenazando con la revuelta. —Quiéren que me suicide para evitar una guerra que no provoco... olvidan que eso podría trocarse en incentivo para mi verdadero instinto. Tal vez, quizá renuncie... En tal caso pondré el concurso de mi partido al servicio de quien sabe quién.* Se impuso. Y lo que es más curioso, estrenó la Capital Federal sin que una gota de la sangre ardiente de los celosos autonomistas, tantas veces derramada en defensa de los fueros de la ciudad intocable, salpicara su rampante sendero.

Para estimar la magnitud del acontecimiento desde el ángulo biográfico, no ha de omitirse la mención del contingente factor presidencialista predominante en la época. Es verdad, Roca ascendió al poder envuelto en la atmósfera oligárgica que tipifica a los regímenes políticos desprovistos de partidos orgánicos. El suyo era el mejor, en el sentido de representar los intereses generales. Por lo menos era interprovincial. Y es de toda evidencia que su eminente promoción a los treinta y siete años de edad no fué extraña a la voluntad popular; contrariamente, podría afirmarse que los conciliábulos de las minorías selectas quedaban burlados en tal ocasión por una difusa, inauscultada pero existente opinión nacional. Recibió el mando en una fría y sencilla ceremonia, de la que siempre el anónimo soberano estuvo ausente.

Estratega intuitivo y profesional, se ubicó en el plano de imparcialidad que convenía a sus fines de trabajos presidenciales. Trascendía a superioridad intelectual su gabinete. Ejecutivo y parlamento se encaminaban armónicamente hacia objetivos precisos: propaganda argentina, municipalización y organización jurídica de la Ca-

pital Federal y de los territorios, construcción de puertos y edificios administrativos, ajuste de límites interprovinciales, colonización, crédito público, derechos civiles, educación común. Este solo capítulo de la educación común podría valerle el monumento. No se registró un solo alzamiento armado al término de su primer período. Ya era esto un acontecer auspicioso. Etapa de orden. Etapa de múltiple prosperidad nacional.

Pero había bebido del vino dyonisiaco y del fáustico licor. No quiso sobreponerse a la embriaguez y sufrió los dos efectos. —*Nosotros hemos cargado algunas veces con la responsabilidad de indicar candidatos para los altos puestos electivos... Buscábamos hombres de fortuna, de ponderación social. Así se iba tirando. Generalmente en los comicios se les consagraba sin discrepancias...* Todo un medio simplista, primario, aunque sincero por el propio reconocimiento declarado. Así surgió Juárez Celman en 1886: lo elevó Roca y lo derribó el pronunciamiento popular de 1890, que él presenció inmutable.

Juárez Celman corrió la suerte común de los productos presidencialistas, extrapopulares. La ingratitud del juarismo que pugnaba por librarse de influencias, la soportó el roquismo en primer término. Roca viajaba entonces por Europa entre escéptico y afable, con ese escepticismo que brota del desagrado que se recoge y esa afabilidad que baja como un aircillo de las cumbres que recién se dejan. Inglaterra, España, Francia, Italia, Portugal. Cordialmente le saludan soberanos y estadistas. Estudió el espíritu de las viejas ciudades y al verificar, en una aristocrática recepción del Quirinal, cómo los ciudadanos más importantes del reino respondían al saludo del soberano con reverencias o veneraciones, explotó en esta airada exclamación pesimista: —*El hombre es naturalmente acarnerado.*

Le adjudicaban entre tanto, allá; en su lejana Argentina, una banca en el senado nacional. A su regreso, en

ejercicio de la presidencia del alto cuerpo parlamentario dirigió — sarcasmos del seleccionismo oligárquico — la dramática sesión del 6 de agosto de 1890.—*Traerlo al banco de los acusados!* exigía el senador Mansilla aludiendo a Juárez Celman. —*Es notoria la impopularidad del señor presidente . . . En nombre de la patria aceptemos esta renuncia por aclamación . . . es una suprema necesidad,* propuso el senador Dardo Rocha. Así aconteció.

—*Los hombres, como los melones,* murmuraría Roca, con ésa su propensión al sesgo filosófico: *unos salen buenos y otros salen malos. Qué le vamos a hacer!*

En seguida, a solicitud de Pellegrini, llamado a completar período en su condición de vice presidente, ocupa el ministerio del interior. Confiesa Roca que todo su afán es cooperar en la tarea de consolidación de la paz interna que se ha impuesto el nuevo gobierno. Se halla en plena madurez de sus facultades psíquicas. Despliega incansable actividad. El rencor o la adhesión sin límites le siguen por doquiera.

Atraviésanse zonas de frenético civismo. La política presidencialista se ha enfrentado con desconcertantes conceptos de actuación partidaria que cunden céleremente: intransigencia, soberanía auténtica, sufragio universal y secreto: —*Es un engaño creer que se puede dirigir la corriente; ella nos envuelve y nos lleva en su determinismo impulsivo y lo más que podemos hacer es encauzarla.* Roca transforma su antiguo *partido nacional*: le incorpora el mecanismo de la convención y le sustituye el rótulo, lo que traduce su trance de reconciliación con la mozada porteña: *partido autonomista nacional*. Hacia 1892 se abisma en su voluntad de dominio sin extraviar el dominio de su voluntad. *Dictadura de conciencia* denominaron a ese visible estado de su espíritu y a su irreducible hegemonía política.

La nueva burguesía quiere orden; clama porque los partidos elijan un presidente que ampare el ideal mate-

rialista. Cuál? Cualquiera, con sólo que no personifique por su actuación, sectores de recíproca intolerancia. Y el que ayer nomás propulsara la inmigración y acicateara con la *conquista del desierto* la ansiedad de los rubios, susurrará con justificado desencanto: —*Esta patria fue originariamente una colonia fundada con fines mercantiles y de lucro y conserva aún el sello estampado por la metrópoli. No tengo conocimiento de que jamás ningún capital extranjero haya venido a la Argentina con intenciones filantrópicas.*

El famoso *acuerdo del 92* deparó un patriarca de las leyes: el doctor Luis Saenz Peña. Roca lo descubrió hábilmente y lo mostró a los ojos del pueblo al lado de Roque, — *este mozo modernista, que es una promesa, aunque ahora necesitamos la solución nacional.* Se han diplomado aspiraciones y proyectos. *Yo retiro mi candidatura ante el único a quien no podría combatir*, masculla el hijo cordial. *Nos abstenemos!* responden los cívicos. Sansón ha destruído el templo y ha muerto con los filisteos. Pero Alcibíades meditará arribando a Turio: *yo les haré ver aún que estoy con vida.*

En 1893 el alud de las nuevas ideas azotó el país. Tambalearon los gobiernos. Roca había reiterado su deseo de no inmiscuirse en las luchas ciudadanas. No creía en el avatar democrático como fórmula de superación. Le pidieron que aceptara el comando general del ejército y él accedió sin otro móvil que el de restablecer la tranquilidad pública y la normalidad en las provincias convulsionadas: Buenos Aires, Santa Fe, San Luis, Tucumán. Su prudencia ahorró la desgracia de la guerra civil. Pudo pues el brigadier general Roca regresar a la metrópoli con su último parte militar: *El país está en paz y sus instituciones en pleno funcionamiento. Pido la amnistía general para los revolucionarios.* Revolucionarios? Naturalmente. La rebelión se ha dotado de esencia. *La ley de amnistía amplia que se solicita es un verdadero es-*

tímulo para la anarquía, protesta en su renuncia el presidente Dr. Luis Saenz Peña. El 22 de enero de 1895 se la aceptaron sin el más mínimo debate. —*Mi general, estos acuerdos nos están dando frutos pasados...* —*Ya le he dicho que unos salen buenos y otros salen malos. En cualquier caso, son menos indigestos que los verdes*, se ría la respuesta en la intimidad.

Roca también tuvo cien días simbólicos, aunque, paradoja de su destino, los suyos devinieron precursores de su más anhelada victoria política. Fué en circunstancias en que el vice presidente Uriburu enfermara. Le correspondió el gobierno en su carácter de presidente del senado nacional entre el 28 de octubre y el 8 de febrero de 1895 a 1896. Los tres ases del acuerdo se sentaban en él: Mitre, senador por Buenos Aires; Roca, senador por Tucumán; Pellegrini, senador por la Capital Federal.

Avanza 1897. La burguesía ultramarina se siente zozobrar. Agudiza su crisis la rivalidad chileno-argentina. La guerra! La guerra! Basta de pleitos! Elijan los partidos un presidente que ampare este afán de riqueza que se ha incrustado en las entrañas de la nación! Cuál? Quién? Ah, Roca! No importa que personifique el sector de más temible beligerancia política. Para qué se lo reclama? Para las armas? Para la paz? Lo mismo da. *Roca* es la consigna de la *Argentina millonaria*. La eferescencia patriótica ha ganado la calle. El pueblo criollo, en 1898, quería traspasar la cordillera. Pero, contraste de las cosas de Roca, el guerrero lo contuvo. Se impuso su presencia en el gobierno. Mitre lo comprendió. Pellegrini, que aspiraba, se desilusionó, pero siguió. Los demás se resignaron. Así llegó Roca a la segunda presidencia.

De nuevo pues en el puente de proa, capitán de borrascas, avizorará con sus ojos de mar y de cielo los confines cercanos y distantes. De nuevo, timoneando la nave, sorteará tempestades y arribará a los puertos. *Felizmen-*

te nos hallamos en paz y en concordia con todas las naciones del mundo, expresaba en su discurso inaugural. Estratégico embuste: significó el cincuenta por ciento del éxito. Seis años después, fundado el régimen fiduciario, ajustados los ingresos fiscales, incorporado el derecho jubilatorio, legislado el derecho obrero y comercial, el presidente Roca expresa en su postrer mensaje: *No hay una sola región del país, por apartada que esté, en la cual no se haya inaugurado o no esté en vías de construcción una escuela primaria o superior o de enseñanza agrícola, un ferrocarril, un camino, un puente, un puerto, una línea telegráfica, un hospital, un cuartel*. Con toda justicia el general Mitre le ha saludado el 12 de octubre de 1904: —*Yo recibí su juramento, vengo a decirle que lo ha cumplido!*

En el ocaso que se anuncia, tornará a pasear por el mundo su breve palabra, su niña sonrisa, su insaciable curiosidad. La paz de los pueblos será la noble preocupación final. El último desempeño público del iniciado de las armas de 1858 fué la brillante misión de concordia americana del diplomático de 1912. Prisionero de la paradoja, quien vivía pidiendo que no le relegaran en la hora de la acción, murió en unción virgiliana el 19 de octubre de 1914.

Así fué el político. Nos queda ahora por reflejar al hombre.

EL HOMBRE

Doblada sobre sí misma la página biográfica de Roca, ocupa, en dos ciclos definidos, un espacio recíprocamente igual: el niño y el militar abarcan la mitad de aquella; el político y el patriarca, la otra mitad. La primera es romancesca, de emotiva criolledad; la segunda equivale al capítulo en prosa que escribieron febrilmente,

hasta la hora del consejo superado, todos los individuos de la historia llamados a conducir los negocios políticos de sus pueblos durante largos años.

Sería inútil pretender buscarle paralelo en nuestro acontecer nacional. Roca es original, singular. Ni mejor ni peor que otros grandes del pasado, constituyó, en el aspecto integral de su vida, un complejo único, creado por un instante también incomparable de la historia argentina. No ambuló en el ensueño — signo de los arquetipos legendarios del preconstitucionalismo — pero tampoco enraizó en las vegas lujuriantes del materialismo suprarrealista. Vió las cosas de su tiempo con los ojos del sentido común y las resolvió en la medida de sus facultades con el mejor de los sentidos. Surge, pues, muy clara la razón de su preponderancia sobre la minoría dirigente de fin de siglo, tan inclinada a la adoración de sus retóricos olvidados de la realidad nacional. Evidentemente, mientras los tribunos — y era forzoso serlo en la actuación política — servían en sus ánforas, al pueblo metropolitano, el dulce néctar de la elocuencia, y los pendolistas y los panfletarios entrecruzaban el ámbito con sus lenguas de fuego en medio de una incesante trepidación de intereses y pasiones, Roca, que no era tribuno, ni periodista, ni escritor, ni sabio, embebido de los problemas del interior, entretenía como ninguno las esperanzas de las castas políticas provinciales y estimulaba y ahondaba los anhelos de la creciente masa técnica, comercial, industrial y agraria. Su nombre o su influencia aparecía en escena inevitablemente, por imperio de su prestigio y de su tacto, al hipertrofiarse las disputas bizantinas en que caían los verbalistas de la época. Cansados, deshechos, venían en busca de la *solución nacional*, del *acuerdo*. El *acuerdo* adquirió su simbolismo en la Meca de los árabes: era el último recinto de las esperanzas y el primero de las resignaciones.

Urquiza y Mitre poseyeron la inquietud *neoconstitu-*

cional, suerte de alternativa entre lírica y realista; Sarmiento, Avellaneda, Pellegrini, Quintana, Roque Saenz Peña, ni por su temperamento, ni por la índole eminentemente civil de su cultura, podrían tomarse a modos de términos de comparación. Es pues de rigor que al cultor de Plutarco le hallemos filiación en su filosofía predilecta, que fué la propia, y paralelismo en sus modelos ideales y remotos, que fueron los clásicos, talvez porque ya no importunaban en el mundo.

Roca ha sido el más militar de los políticos y el más político de los militares que hayan actuado en suelo nuestro.

Abrazó la política con el mismo ardimiento con que había servido la milicia hasta la víspera. Pero se condujo en su bilateral carrera disyuntivamente: ni hizo pesar los prestigios de su ascendencia familiar en la romana de su perspectiva de soldado, ni arrojó jamás sus galones de militar glorioso en la balanza de sus posibilidades cívicas. Se pareció a Alcibiades entre todos sus héroes: por su origen, por su astucia flúida, espontánea, por sus concepciones políticas, por su escepticismo autocrático. Se distinguió de aquél por su templanza y por que en la vorágine de las ambiciones, administró las suyas, que eran recias, con sabiduría intuitiva, es decir con prudencia.

Mas, si aspiraba a lo Alcibiades, respiraba a lo Pericles. Como éste lució una ingénita voluntad constructiva y tuvo la suerte de encontrar prosperidad en donde antes y después agitara la miseria sus descarnados brazos. Cuando ascendió al poder en 1880, una larga crisis política — la rivalidad entre Buenos Aires y la Confederación — había cedido en sus mortales efectos. La depresión económica que azotó el país en 1890, encontró a Roca en trance de opositor del gobierno impopular que lo sucediera y que él principalmente contribuyera a elevar. Durante su primera presidencia los índices del progreso

argentino alcanzaron impresionantes niveles. La renta aumentó considerablemente. Su sucesor en cambio chocó con enormes escollos financieros. Y cuando Roca reasumió el poder en 1898, otros gravísimos peligros cerníanse sobre el país: la paz internacional estaba más que amenazada y la interna ofrecía inminencias luctuosas. Conjuró definitivamente el peligro de una guerra que parecía inevitable y salvó los estallidos revolucionarios no obstante ser él quien personificaba la resistencia pétrea al oleaje de la conspiración franca. Le fué posible una y otra vez gobernar en el orden, en la prosperidad. Meses después de entregarle a Quintana las riendas del mando, el 4 de febrero de 1905, la revolución radical sacudía nuevamente la nación. De Roca, pues, podría decirse como de Pericles, que si no fué suya la gloria de ser el causante del florecimiento que se extendió a su paso, suyo es sin duda el honor de haberle evitado a la patria caídas y reveses.

Como a Alcibiades lo delectaron a pulmón repleto, principalmente los que al insinuarse la avalancha del conceptismo democrático reclamaron su alianza. En política no fué de otra manera porque no veía en los partidos rudimentarios de la época, doctrinas o propósitos expresos, sino supervivencia del atavismo gaucho, más propenso a la conquista prepotente y a la romántica revancha que ensangrentaron mil veces el país, que a aplicar sus potenciales patrióticos en una progresiva ordenación de esfuerzos.

Esgrimiendo la espada, destrozó y humilló a discreción al montonero y al caudillo. Manejando discrecionalmente la política, transformó al montonero en caudillo y lo colocó al servicio de sus pódromos. Verificábase, en su criterio, un grado de evolución.

Repugnaba de la cortesanía. Siendo militar prefirió el duro pan y el agua salada de las fronteras al banquete palaciego que hace fácil el ascenso y mullida la carrera. Sin embargo no le faltaron palaciegos que le tornaron

irrespirable la atmósfera del poder. La sátira se ensañó con él, pero no descendió a amordazar a sus censores.

Estudió al hombre desde su juventud de dos maneras: como unidad y como totalidad social. En un caso percibía la ambición servida por la intriga y la simulación; en el otro comprobaba un abnegado bregar por ideales redentores y eternos: patria, justicia, bienestar. Reflejos sansimonianos, venidos de Alberdi, le habían trazado rumbos socialistas — ¡singular ironía! — que nunca enunció como tales, sino como simples resultancias de sus análisis directos. Así llegó a decir: —*Antes que desenvolverse moral, religiosa y políticamente, el hombre debe comer.* No obstante, condenó el materialismo forjador de fortunas considerándolo el más serio poligro para la salud espiritual argentina. Y amasó un caudaloso patrimonio. Tenía la obsesión del ciudadano útil. Mechaba a todos los que se ponían a su alcance hasta encontrar la íntima sustancia de que estaban hechos. Y como eran pocos los que escapaban a su fuerte poder de sugestión, casi todos aquéllos tornáronse eficaces instrumentos a su obra, múltiple y sólida.

Incrédulo de la verdad que se proclama, aceptó apenas una pizca de la que se ve. Pese a ello no era desconfiado. Su escepticismo revelaba aspectos desconcertantes de su íntimo yo. Despreciaba el intelectualismo considerándolo una forma refinada del engaño, lo cual no le inhibió de gustar constantemente la compañía y la amistad de los más altos valores intelectuales de la erudita generación del 80.

Su dilecto filosofar era el llano y cáustico. Abominaba del dialectismo y aconsejaba no encerrarse en los límites de ninguna escuela filosófica, porque el *hombre — decta — no conoce aún más que a medias algunos escasos pormenores del universo.* Mas tuvo su Sócrates: el filósofo Wilde.

De los sentimientos religiosos no tomaba nota. Afirmaba que el porvenir integral de los pueblos se asienta en la educación primaria y especializada. *Bastan, era su tesis, instrucciones elementales y una profesión a la mayoría de la gente. La escuela laica y la derivación al campo realizan en países como el nuestro — sostenía — la felicidad colectiva.*

En punto a economía era — se nos antoja — un fisiócrata. El verismo de sus observaciones en materia legislativa lo atestigua. Descreído del sufragio universal, admitía a lo sumo la democracia de Solón: el pueblo culto puede votar sin perjuicio de limitársele la facultad de ser elegido. Era pues, aristotélicamente, un aristócrata.

No es fácil arribar al aticismo de la síntesis en vidas como éstas, tan opulentas de motivos. Más difícil aún, para lograrla, es querer orientarse por entre el dédalo de juicios contradictorios de la coetaneidad. Porque, para unos, *Roca aparece como la encarnación misma de la nefanda política de los acuerdos que retarda en treinta años la evolución democrática del país*, en tanto que para otros, *Roca es el patriota que sugiere desde su prominencia mosaica las soluciones naturales, efectivas, que impone la política en su cabal desenvolvimiento y prospección.*

El término medio no existe casi cuando se juzga a *Roca político*, salvo sea en la alusión de nuestros sociólogos, inclinados, desde luego, a asignarle importancia de efecto antes que de causa en el proceso agrario, contradictorio y a la vez fecundo de nuestra civilidad. Acaece lo mismo con *Roca Militar*, aunque en este caso la inexistencia de recíprocas opugnaciones se concreta en una terminante valoración de su personalidad: fué un soldado del tipo clásico.

Después de todo, nos encontramos conque la discusión que provocara a partir del 79 su cada vez más gravitante presencia en la arena de las luchas cívicas, torna a reavivarse atizada por el acontecer político actual. Y

ello en circunstancias en que, colocados los espectadores de esta generación a prudente distancia del excepcional período político que le contó entre sus actores de relieve, comenzábase a percibir, con bello sentido sincrético, la imponente magnitud de aquella tempestad de empeños y ambiciones, poblada de relámpagos y truenos y devastadoras rachas. Epicentro del cuadro, esta *Roca* que rodó del Aconquija al Plata, enturbecida a ratos por el rujiente embate de las olas, y a ratos brillante, irisada, gallarda, destacándose en esa inmensidad pontina que es blasón de la patria, no rehuye el abordaje de santos y bandidos que quieran recalarla!

Amó como un hombre. Gustó las sencillas emociones estéticas. No se fué como Alcibiades sino como Pericles y a su manera solía contener los elogios de sus fieles en las horas de la partida infinita: —*No alabéis empresas que debí a la fortuna; hablad de lo más grande y glorioso de mi vida: haber economizado lutos a mis conciudadanos sin perjuicio de darle curso a mis debilidades.*

A la manera de todo conservador de noble envergadura, guareció su vejez en el patriarcado epónimo; es decir, en la más humana y respetable forma del autocratismo.

En *Roca*, la personalidad comprobable, mensurable, es indiscutiblemente la exterior, como acontece siempre que se está frente a las vidas que presintieron un destino histórico. Y es, por cierto, lo que interesa desde el punto de vista social.

Apoyados en este concepto, afirmamos que los hechos de su ciclo militar cabrían en exámetros homéricos, porque fué sagaz, valeroso, prudente. Los cóndores y los cuervos que revolotean en torno de las cumbres no podrían desapercibir esta verdad. En cuanto a los hechos de su ciclo político, le cupo ejercer su prolongada hegemonía en uno de esos períodos trancisionales, tan característicos de la historia, en que una forma se esfuerza por suceder

a otra, evolutiva o involutivamente; fenómenos que jamás se verifican sin la presencia de la individualidad fuertemente autística, llámese ella Pisistrato, César, Napoleón, Bismark, Mussolini, Stalin. Es pues explicable que las interpretaciones sociológicas de Roca evidenciasen la sensatez pesada de las que se practican bajo exigencias circunstanciales de tal naturaleza. Desde lo alto de su atalaya, centinela del pasado, vigilaba celoso el recinto de la patria. Sus errores? Sin duda fueron muchos. Mas su forjarse en los yermos del áspero combate, su entrañable argentinismo, su fecunda laboriosidad, su ningún odio, su palpitante fé en los destinos de la nación, su franqueza ideológica, le otorgaron derechos al equívoco.

Señores: hemos resumido en tres fugaces capítulos, la vida de un hombre nuestro, de nuestra sangre, de nuestra historia, de nuestra fe en esta magnífica Argentina. A no mediar no sabemos qué suerte de aprehensiones que reducen y hasta paralizan la espontaneidad, a golpes de críticas tajantes habríamos descubierto la belleza de un fondo casi desconocido por nuestra generación; del mismo modo como al golpe del hacero enseña el quebracho su maravilloso corazón sangrante. Creedlo, señores: la historia de Roca, opulenta de ejemplos, con sus paradojas estupendas, ha sido suspendida a punto de iniciarse. Continuarán escribiéndola en lo futuro, con ático criterio, hombres de la democracia. Será la póstuma paradoja que le haya deparado su sino.

Una luz imprevista se volcará entonces sobre el monumento que desde ya la patria le destina justamente, como a uno de sus varones ilustres.

PEDRO OSCAR MURUA.